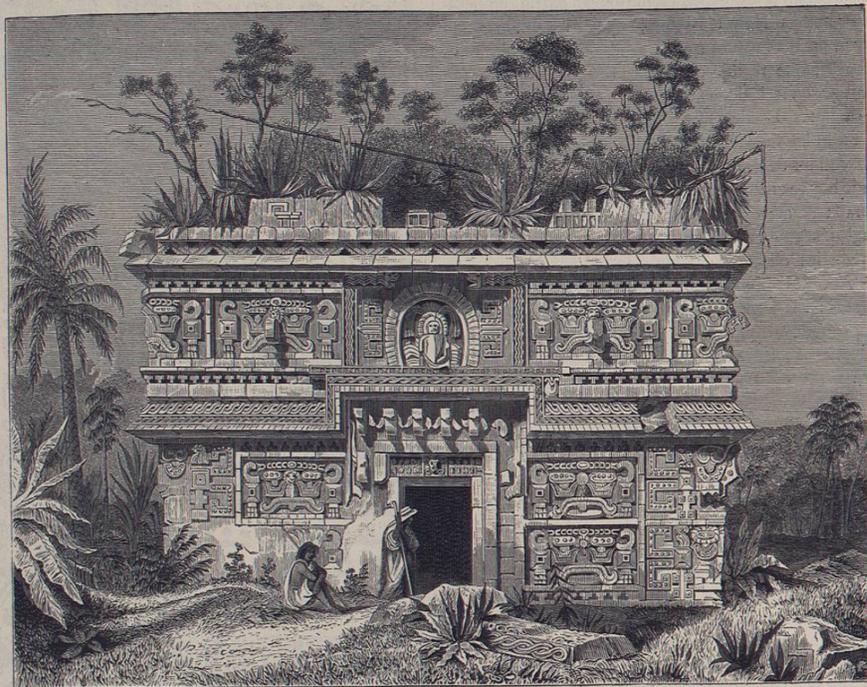


á América á las órdenes de Ovando, el gobernador de Santo Domingo. Siete años despues tomó parte en la conquista de Cuba, recibiendo en recompensa su parte correspondiente en la distribución del territorio y de los habitantes. Allí por su instrucción llegó á ser nombrado secretario de Velazquez, y despues alcalde de Santiago, es decir, que llegó á ser una de las primeras personas oficiales de la isla. Sus contemporáneos le describen como de buena presencia, de estatura mas que mediana, pecho ancho, ojos grandes y negros y tez pálida. Diestro en todos los ejercicios corporales propios de su clase, tan valiente y firme como circunspecto y sereno en sus resoluciones, de concepción viva y juicio claro, avas-



Ruinas de un templo en Uxmal

bernador, avisado por sus amigos, de haber confiado á Cortés fuerzas tan considerables y mas que suficientes para alcanzar con ellas una posición independiente de su superior en caso de ocurrirle esta idea. En su consecuencia, estaba á punto de revocar su nombramiento de general en jefe, cuando Cortés aprovechó los últimos momentos de vacilación de Velazquez para salir con la escuadra de Santiago antes de haber concluido el armamento y aprovisionamiento de los buques. Al llegar al puerto de Trinidad, situado tambien en la costa meridional de Cuba, terminó el abastecimiento de armas y víveres y además enganchó 100 individuos licenciados de la expedición de Grijalva. De Trinidad pasó á la Habana, adonde Velazquez mandó la orden de prenderle, y al mismo Cortés la de permanecer allí hasta que llegara él. Cortés sin embargo no estaba dispuesto á dejarse prender como un individuo cualquiera, ni tampoco á aguardar á su superior cuyas intenciones tan mal disimuladas habia comprendido al momento. Por tanto el 10 de febrero de 1519 salió para el cabo de San Antonio en el extremo occidental de la isla y punto de reunión de su escuadra con la cual se

llando á los que le escuchaban con su hábil y ardiente discurso, era mas que ningun otro, como nacido á propósito para caudillo en el Nuevo Mundo.

Cuando Velazquez le confió el mando de su expedición contaba Cortés 33 años, y lo que gustó no menos que sus cualidades personales al gobernador fué que el elegido pudo encargarse de una parte del gasto de la armada de 11 buques destinada á atacar un imperio poderoso, segun se ve en la instrucción que Cortés recibió del gobernador, y que se encuentra en la colección de documentos inéditos publicados por Navarrete.

Antes de concluir sus preparativos arrepintióse el go-

hizo á la mar ocho días despues, llevando por piloto mayor al perito Alaminos, que habiendo acompañado á Cristóbal Colon en su cuarto viaje, y luego dirigido los buques de Córdoba y de Grijalva, iba á la sazón por cuarta vez al Yucatan. Componíase la fuerza de la expedición de 400 soldados españoles y 200 indios, entre los primeros 13 arcabuceros y 32 ballesteros, además de 32 soldados de caballería, 10 cañones de bronce de grueso calibre y 4 culebrinas de campaña. Tambien llevaba á bordo dos clérigos para destruir el culto idólatra y bautizar á los indios.

La escuadra ancló primero junto á la isla de Cozumel, cuyos habitantes huyeron al interior; pero tranquilizados por los intérpretes que llevaba la expedición, regresaron y dejaron derribar sus altares sangrientos, y que se celebrase en sus templos el culto cristiano, y aun consintieron en hacerse bautizar y adoptar, siquiera en apariencia, el cristianismo.

Habiendo oído Alaminos ya durante la expedición de Fernandez de Córdoba en aquella parte del Yucatan la palabra *castellano* de los mismos indios sin poder explicarse lo que significaba en boca de aquella gente, llamó la aten-

ción de Hernán Cortés sobre esto, y Hernán Cortés supuso luego con gran acierto que debían de haber estado allí anteriormente españoles. Consultando el caso con un cacique supo que todavía vivían en el país en calidad de esclavos dos españoles; uno de ellos, á quien Cortés consiguió liberar, era fray Jerónimo de Aguilar que en adelante prestó á Cortés grandes servicios como intérprete.

Desde allí siguió la expedición costearo el Yucatan como habian hecho sus predecesores, hasta el río Tabasco ó Grijalva, en el cual solo pudieron entrar los buques de poco calado. Con ellos y las lanchas armadas subió Cortés el río hasta la ciudad de Tabasco, donde sus declaraciones y protestas de intenciones pacíficas fueron contestadas con amenazas y alaridos de guerra, que no intimidaron á los españoles. La lucha se entabló en el mismo río, primero desde las lanchas, luego pecho á pecho en el agua que llegaba á los combatientes hasta la cintura, y por último en la playa. Desembarcadas la caballería y artillería, libróse el 25 de marzo una verdadera batalla campal en que quedaron vencedores los españoles gracias á su superior armamento y á la caballería aunque poco numerosa. Uno y otra hicieron inútil el valor personal de los de Tabasco y su gran número, que Cortés estimó en 40,000 hombres, de los cuales quedaron 220 muertos en el campo (1).

Al día siguiente de la batalla se sometieron los caciques y presentaron á Cortés entre los varios regalos 20 esclavas, una de ellas natural de Méjico, que fué llamada por los españoles doña Marina, y prestó excelentes servicios, como intérprete, luego que hubo aprendido el idioma de los vencedores. En Tabasco oyeron estos además del nombre de *Méjico* el de *Culhua* con el cual indicaban los de Tabasco la ciudad de Cholula, tan industrial entonces, situada al Oeste de Méjico. Bernal Díaz del Castillo en su obra dice haberla oído mentar ya con la pronunciación de *Culba* antes de la expedición de Cortés; y es muy posible que cuando á Colon indicaron los naturales de las Antillas el nombre de Colba, hubiesen querido significar la ciudad mejicana de Cholula, pues que existía poca ó mucha comunicación entre las islas y el continente, ya que Cortés encontró en el Yucatan en su cuarto viaje indios extraviados de la Jamaica.

Despues de haber sido solemnemente bautizados el Domingo de Ramos los caciques sometidos, y de haber asistido á la misa, continuó Cortés su viaje marítimo y desembarcó todas sus fuerzas el Viernes santo, 21 de abril de 1519, en el

(1) Existen de Hernán Cortés cinco relaciones escritas casi todas de su propio puño, y dirigidas por él mismo al rey de España. Estas relaciones minuciosas que han sido comparadas no sin razón con los célebres Comentarios de César, son las siguientes: 1.ª Está fechada en Villa Rica de la Vera Cruz á 10 de julio de 1519, y redactada por las autoridades de la plaza en nombre del general, y quizás por él mismo. Partió para España con un buque el 16 del mes de su fecha; y ha sido publicada por Navarrete en la Colección de documentos inéditos. 2.ª Está fechada en Segura de la Frontera (ó sea Tepeaca al Este de La Puebla) en 30 de octubre de 1520. Fué impresa en Sevilla por primera vez en 1522; y en 1743 en la obra de BARRIA: «Historiadores primitivos de las Indias occidentales,» tomo I, pág. 1 hasta 62; despues se insertó en la *Historia de la Nueva España* por Francisco Antonio Lorenzana, impresa en Méjico en 1770 (pág. 38 hasta 170). 3.ª Esta tercera carta, escrita en Cuyocan á 2 leguas y media al Sur de Méjico, lleva la fecha del 15 de mayo de 1522; fué impresa primeramente tambien en Sevilla al año siguiente, y luego en las dos obras citadas. 4.ª Esta carta escrita en Tenoxitlan (Méjico) el 15 de octubre de 1524, fué impresa en España al año siguiente de 1525, y luego en la obra de Lorenzana. 5.ª En esta carta describe Cortés su expedición á Honduras, y se publicó en Madrid el año 1844 en la «Colección de documentos inéditos para la historia de España» con el epígrafe: Relación hecha al emperador Carlos V por Hernán Cortés sobre la expedición de Honduras. Esta última carta está escrita tambien en Tenoxitlan el 3 de setiembre de 1526.

punto donde hoy se halla la ciudad de Veracruz y donde á los dos días se le presentó el gobernador azteca para saber lo que los extranjeros pretendían. Díjole Cortés que iba enviado por un rey poderoso del otro lado del mar con una misión y regalos para el soberano del país, y que pedía el libre paso para cumplir su encargo. El gobernador, á fin de hacer mas inteligible al emperador la relación de un suceso tan extraordinario, hizo con el consentimiento de Cortés dibujar á los extranjeros blancos y de aspecto tan diferente de los americanos. Cortés para aumentar la impresión mandó hacer simulacros á sus jinetes y artillería, á fin de que figurasen tambien en la relación, porque los mejicanos eran dibujantes muy hábiles; y despues de haber partido el gobernador, construyó un campamento fortificado, abrigado por las dunas de la costa, donde aguardó la contestación del soberano del país.

Antes de seguir nuestra narración de estas negociaciones, conviene dar una idea del carácter del país y de la historia de sus habitantes.

La zona marítima es llana hasta algunas leguas al interior, donde se eleva el terreno hasta formar una inmensa meseta de una altura media de 2,000 metros sobre el nivel del mar, con algunas cumbres aisladas en la parte oriental, mas abrupta, que alcanzan mas de 5,000 metros. La costa, castigada de fiebres, no ofrece ningun puerto natural y seguro, ni desembocan en aquel golfo ríos navegables. Senderos y estrechas gargantas de difícil paso conducen á la meseta interior de Anáhuac, centro del antiguo imperio mejicano que en tiempo de la conquista se extendía desde el Yucatan y Honduras hasta el trópico de Cáncer. La meseta alta en que se halla situada la capital se eleva á mas de 2,200 metros sobre el nivel del mar, y forma una superficie prolongada, de perímetro ovalado, de 73 kilómetros de longitud y 35 de anchura. Encerrada en un baluarte natural de peñas de pórfido, que rodea toda esta meseta, con un magnífico lago, estaba esta comarca antes cubierta de árboles y de verdor; pero el lago ha bajado de nivel en el trascurso de los siglos; grandes extensiones de este inmenso valle están ahora desnudas y hasta blancas por las eflorescencias salinas, y mirada aquella parte del país desde un punto elevado del perímetro, parece mas bien un páramo estéril y árido que un país habitable y próspero. Esto no obstante, ofrece en conjunto un aspecto grandioso de una belleza especial, aumentada por las dos anchurosas cumbres cubiertas de nieve eterna, del Popocatepetl y del Ixtaccihuatl que se elevan respectivamente á 5,400 y 5,200 metros sobre el nivel del mar, y hacen resaltar el círculo de montañas que forman el recinto de la meseta.

Al Norte de este valle se halla Tula, primer punto donde se fijaron los toltecas, pueblo enigmático que procedente del Norte en una época remota, que algunos fijan en siete siglos antes de nuestra era, llevó al centro de América su civilización adelantadísima con el cultivo del maíz, del algodón y de la pimienta, condimento indispensable en aquellos países; una arquitectura especialísima y el arte de trabajar los metales preciosos. Los toltecas preferían construir sus casas de piedra y sus templos en eminencias, y las primeras en diferentes pisos, escalonados en las faldas escarpadas de las colinas, pero unidos entre sí por escaleras y galerías. Muy especiales á esta raza eran las torres ó templos con base de pirámide truncada formando gradas.

Este pueblo abandonó su nueva patria al cabo de siglos y se dirigió al parecer mas al Sur, introduciendo é imponiendo su civilización en el Yucatan y en Honduras (2).

(2) Entre las muchas obras y artículos modernos que tratan de esta cuestión citaremos aquí un trabajo publicado en 1882 por D. Charnay en el periódico alemán «Zeitschrift für Ethnologie,» Berlin, 1882.

Después de los toltecas inmigraron en el país desde el Noroeste los chichimecos, que eligieron por centro el lado oriental del lago de Méjico, y fundaron allí la ciudad de Tezcuco y acabaron por amalgamarse con los acolhuas. Estos fueron subyugados por un pueblo afín y muy guerrero, llamado los tepaneques, de los cuales se desembarazaron posteriormente con el auxilio de los aztecas con los cuales se aliaron. Estos últimos inmigraron en época relativamente moderna, pues que fundaron la ciudad de Méjico que llamaron Tenochtitlan en una isla del lago probablemente á principios del siglo XIV, y paso á paso extendieron su poder de un océano al otro sometiendo sucesivamente una multitud de pueblos y tribus de otras razas. A la llegada de los españoles todavía no habian tenido tiempo de asimilarse completamente los vencidos. Su gobierno tiránico y sanguinario tenia aterrorizados á los pueblos entre el golfo de Méjico y



Medalla con el retrato de Hernán Cortés (Tamaño natural)

el Pacífico, porque solo para su culto necesitaban innumerables víctimas humanas que sacaban de las tribus sometidas, y que segun autores respetables no bajaban cada año de 20,000 para regar con su sangre los altares de las divinidades aztecas. Los cráneos de estos infelices formaban en la proximidad de los templos verdaderas pirámides, en una de las cuales contaron algunos de los compañeros de Hernán Cortés hasta 136,000 cráneos.

Por tanto solo el terror conservaba reunidos tan dilatados territorios bajo un solo imperio; y era natural que á la primera embestida de fuera un gran número de tribus se pasara al partido invasor. Por esto ocurrió la llegada de Cortés en un momento altamente favorable para que despues de algunas victorias brillantes, se aflojara el lazo que unia el imperio azteca, y se pasaran á los españoles muchos de los pueblos esclavizados. El gobierno y la organizacion social de los aztecas habian sido en un principio aristocráticos, y se habian trasformado paulatinamente en régimen monárquico absoluto y en cierta manera hereditario, porque si bien el rey á cada vacante del trono era elegido por los cuatro nobles mas distinguidos, debía recaer la eleccion siempre en un individuo de la misma familia imperial. En la corte prevalecian un ceremonial y una ostentacion orientales y minuciosísimas que tenian ocupada á la numerosa nobleza feudal en el servicio de palacio y de la persona del emperador.

Los aztecas veneraban unas 2,000 divinidades locales, pero el dios principal, Huitzilopochtli, nombre que significa Colibrizquierdo, porque el ídolo tenia adornado el pié izquierdo con plumas de colibrí, habia sido el primer jefe ó cacique que habia conducido al pueblo azteca á Anáhuac, y con el tiempo fué divinizado, por cuyo origen era el ídolo que mas

sangre humana reclamaba. Otra divinidad principal era Quetzalcoatl, en su tiempo sacerdote y reformador de los toltecas en Tula, á los cuales enseñó el cultivo de la tierra y el arte de trabajar los metales. Se le representaba de estatura alta y de tez blanca. Fué expulsado, segun la tradicion, de Tula porque predicó contra los sacrificios humanos. Arrojado hasta el mar del Este, embarcóse allí junto al rio Goatzacoalco, en un buque mágico hecho de piel de serpiente, declarando antes solemnemente que algun dia regresaria y volveria á gobernar al pueblo azteca. El pueblo pues le veneró despues como dios del aire y bienhechor de la humanidad. Nadie por lo demás dudaba de que cumpliria su promesa, y cuando llegó Cortés con sus españoles á aquella misma costa, creyeron todos, los oprimidos como los dominadores, sin exceptuar al mismo emperador, que habia llegado tambien el dia del cumplimiento de la profecía.

Los aztecas habian desarrollado más la civilizacion traida á aquel país por los toltecas. A la llegada de los españoles florecia la agricultura, los habitantes cultivaban el maíz, el algodón, la pimienta, el maguey de cuyas fibras hacian papel, y de su jugo el pulque, bebida fermentada. Cultivaban tambien el cacao, cuyas semillas servian de moneda ínfima, así como para la fabricacion del chocolate que llamaban *chocolatl*; la vainilla, el banano y el tabaco, que fumaban en pipas y en forma de cigarros. La minería y metalurgia ocupaban muchísimos brazos, aunque no sabian extraer ni menos trabajar el hierro, sirviéndose para sus instrumentos cortantes como cuchillos y espadas de afiladas astillas de obsidiana vitrificada. La alfarería estaba muy generalizada y perfeccionada, sin contar las vasijas que hacian de madera, y que adornaban despues con pinturas bien barnizadas. Otros fabricaban telas de algodón, bordadas de vistosos colores, y eran sorprendentes los trabajos de pluma para adornos. En las ciudades se celebraban mercados en dias fijos; todo el país estaba cubierto de una red de caminos con estaciones de posta, y correos reales llevaban las órdenes del gobierno á todas las partes del imperio. La organizacion militar usaba hasta condecoraciones y órdenes para despertar y fomentar la ambicion. Los soldados llevaban un vestido de algodón muy tupido que rechazaba los proyectiles ligeros, y los jefes llevaban además petos ó corazas de oro y plata, yelmos de madera, cubiertos á veces con hojas de plata y adornados con plumas, y además armaduras para los brazos y piernas. La fuerza armada se dividia en cuerpos de ejército de 8,000 hombres subdivididos á su vez en batallones de 300 á 400 hombres, y el armamento consistia en espadas, lanzas, mazas, arco, flechas y hondas. Al entrar en accion llevaba el general el estandarte de guerra, y el objeto principal era hacer prisioneros á fin de tener víctimas humanas para las necesidades del culto.

Entre las ciencias, cuyo cultivo correspondia á los sacerdotes, era notable y estaba relacionada con el culto la division del tiempo. El año constaba de 18 meses, cada uno de 20 dias con 5 dias supletorios al fin del año, y con sus dias de fiesta y de sacrificios fijos. Usaban una escritura jeroglífica policroma que pintaban sobre un tejido de fibras de pita, sobre tela de algodón ó sobre pieles delicadamente preparadas para este objeto; y sobre los mismos materiales trazaban grandes mapas generales del imperio; especiales de las costas y de las provincias, tanto que de uno de ellos se sirvió Cortés en su campaña de Honduras.

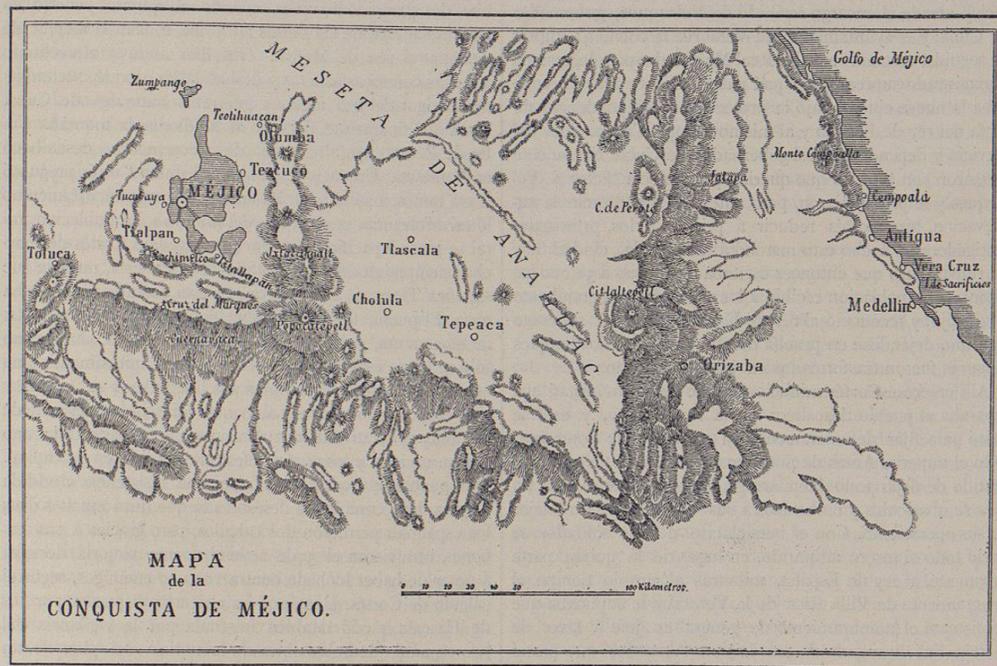
Desde el año 1502 ocupaba el trono Motezuma ó Mutezuma como escribió Cortés. Era como todos los soberanos aztecas ambicioso y se afanaba por extender los límites de su imperio y su culto nacional, porque habia sido pontífice. Con este celo ciego é insaciable habia llevado la guerra á

comarcas apartadas como Guatemala, Honduras (Vera Paz) y quizás á Nicaragua, antes de someter definitivamente á los enemigos mas próximos al Este de su capital, que eran los tascaltecas. Altanero, grave, reservado y receloso, se habia enajenado las simpatías del pueblo, y recorria á veces de noche disfrazado las calles de su capital para espiar á sus súbditos como se cuenta del califa Harun-al-Raschid, con el pretexto de enterarse de los abusos de sus empleados. Habíase desembarazado de sus parientes para estar mas seguro en el trono, y luego se dejó gobernar y desarmar por la supersticion que ya hemos referido, de la vuelta de Quetzalcoatl, anunciada recientemente por signos extraordinarios.

En efecto, el fuego habia consumido la torre del templo principal; una luz extraordinaria se habia visto hácia al Oriente; tres cometas habian aparecido en el firmamento, y habíanse visto otros presagios y signos desusados.

Murió en el año 1516 el rey de Tezcuco, y en la contienda Motezuma favoreció al pretendiente Cacama su sobrino, al cual hizo conceder la mayor parte del territorio con la capital, en perjuicio del hijo segundo del difunto, Ixtlixochitl que recibió solamente la parte septentrional y que por esto mismo fué desde entonces enemigo irreconciliable del monarca azteca.

En esta situacion estaban las cosas cuando Motezuma



recibió la noticia del desembarque de los españoles, en los cuales él y el pueblo vieron al momento los descendientes y herederos del reformador y dios expulsado. El emperador convocó á sus consejeros; unos, los mas guerreros y valientes, estuvieron por la resistencia armada; otros mas prudentes aconsejaban la paz. Entre opiniones tan encontradas quiso Motezuma proceder á su manera y escogió un término medio, que era el partido mas peligroso. Envió á Cortés riquísimos regalos rogándole que renunciara á su proyectada visita á la capital.

Estos regalos consistian, segun Bernal Diaz del Castillo, en los siguientes objetos: primero, un disco del tamaño de una rueda de carro que representaba el sol, todo de oro fino y de trabajo exquisito, obra de arte notabilísima que al decir de los que lo pesaron valia mas de 20,000 pesos de oro; segundo: otro disco mayor que el primero, pero de plata de mucho peso, que representaba la luna con muchos rayos y figuras; tercero: un casco lleno de granos de oro como salian de las minas, de valor de 3,000 pesos; pero en realidad de mas, porque dió la seguridad á los españoles de que habia en el país ricas minas de oro. Envió además 20 patos de oro perfectamente imitados al natural y de trabajo delicadí-

simo; figuras de perros, tigres, leones y monos; 10 collares de oro; abanicos montados en oro y plata, plumeros de plumas verdes las mas hermosas; 30 paquetes de telas de algodón con plumas de varios colores entretejidas y otros muchos objetos. En la Coleccion de documentos inéditos se enumeran tambien los regalos destinados al rey Carlos, el cual los recibió en Valladolid en el mes de abril de 1520, con la diferencia de que se valúa el disco de oro solo en 3,800 pesos de oro.

Tan maravillosos regalos no eran á propósito para hacer abandonar á los españoles el país, pues que excitaban todavía mas su codicia, y por esto contestó Cortés á la embajada: que habia recibido órden de hablar personalmente con el emperador. A esto respondió el monarca con una segunda embajada, portadora de nuevos regalos y de la misma súplica que la primera vez; pero todo fué en vano; los españoles no se marcharon. Entonces acudió el emperador á otros medios, y los indios se apartaron del campamento español que quedó muy pronto sin víveres y en situacion comprometida. Afortunadamente se presentaron entonces enviados de la tribu de los totomacos, física y lingüísticamente distinta de la raza azteca, que habitaba la costa al Norte de Veracruz y estaba

sometida hacia poco al cetro de Motezuma. Estos enviados invitaron á Cortés á visitar su ciudad de Cempoala.

No necesitó mas el caudillo español para conocer el flaco del imperio azteca, que manifestamente tenia en su seno elementos heterogéneos é irreconciliables á los cuales convenia y era fácil atraer á su partido. Antes sin embargo de aceptar la invitacion fundó una ciudad permanente que llamó «Villa Rica de la Veracruz,» nombre que representaba unidos del modo mas feliz los dos grandes móviles de los españoles: Oro y Religión cristiana. El ayuntamiento de la nueva ciudad, compuesto naturalmente de partidarios de Hernan Cortés, hubo de prestarse á la siguiente pequeña comedia: Cortés dimitió solemnemente ante la autoridad recién creada el encargo recibido de Velazquez, gobernador de Cuba; y el ayuntamiento de Veracruz le volvió á nombrar en seguida, en nombre de Su Real Majestad española, general y magistrado supremo de aquel país. Con este acto se colocaba la nueva ciudad bajo la proteccion y dependencia directa del rey de España y al mismo tiempo Cortés salía del servicio y dependencia del gobernador de Cuba. No se conformaron con esto los que querian permanecer fieles á Velazquez y se pronunciaron, pero antes de organizarse la sublevacion, hizo Cortés reducir á prision á los principales instigadores, y hecho esto marchó á Cempoala, ciudad hoy en ruinas, pero que entonces contaba de 20,000 á 30,000 habitantes. La poblacion recibió á los españoles con gran boato y regocijo; y reconoció al rey de España como su soberano legítimo, dejándose en prueba de ello bautizar. Los templos idólatras fueron transformados en iglesias cristianas.

Allí enteróse Cortés minuciosamente de la enemistad que separaba al pueblo tascalteca de la raza azteca, y esto le bastó para fijar definitivamente su proyecto de conquistar todo el imperio. Antes de poner manos á la obra tuvo el buen sentido de dejar todo bien arreglado y dispuesto para no crearse obstáculos y embarazos á sus espaldas en lo mejor de sus operaciones. Con el beneplácito de sus soldados se envió todo el tesoro adquirido, en lugar de la quinta parte solamente, al rey de España, mientras al propio tiempo el ayuntamiento de Villa Rica de la Veracruz le suplicaba que confirmara el nombramiento de general en jefe á favor de Cortés. Fué encargado de esta mision Alaminos que partió en 26 de julio de 1519 para España con orden precisa de no recalar en ninguna parte en el camino; pero por desgracia no lo hizo así, y recalando en Cuba, de este modo supo Velazquez todo lo sucedido por un testigo ocular y fidedigno y resolvió castigar á Cortés y á su tropa como sublevados. Por otra parte estaban conspirando muchos soldados y jefes de las fuerzas de Cortés para separarse de este, embarcarse furtivamente para Cuba y ponerse á las órdenes de Velazquez, su jefe legítimo. A haberse realizado este plan habria quedado demasiado debilitado Cortés para llevar adelante su proyecto grandioso con probabilidades de buen éxito; pero enterado del caso tomó una resolucion heroica; mandó ejecutar á los jefes de la conspiracion, y para evitar que se repitiese, hizo varar todos sus buques en la playa excepto uno solo pequeño despues de haberse hecho dar un dictámen firmado por personas peritas que declararon que los buques estaban inservibles para la navegacion en alta mar. Todo lo utilizable, en especial el hierro, fué llevado á tierra y almacenado. Bernal Diaz del Castillo (tomo I, 52) rectificando la afirmacion del historiador Gomara de que Cortés habia echado á pique sus buques ocultamente, dice: «Todo el mundo sabe que Cortés hizo varar los buques en la playa con el consentimiento de todas las tripulaciones y á la vista de todos, á fin de que nuestros marineros pudieran tambien tomar parte en la campaña.»

Ya no habia retirada posible, y se hacia preciso conquistar la capital del país invadido; vencer ó morir en la demanda.

Dejando en Villa Rica de la Veracruz 150 infantes y 2 jinetes de guarnicion, se puso Cortés en marcha hácia el Oeste el 16 de agosto con 300 soldados españoles, 1,300 guerreros totomacos, 1,000 portadores de bagaje, 15 jinetes y 7 piezas de artillería. Caminó por la costa bajo un sol tropical para internarse por aquel lado en las tierras altas, y á los dos dias llegó á Jalapa, elevada ya á 1,300 metros sobre el nivel del mar y fuera de la region de las palmeras. A medida que subió la expedicion, mas fresco era el ambiente é iba cambiando de carácter el reino vegetal. Los bosques de encinas habian desaparecido á su vez, cuando el ejército penetró en los desfiladeros de las sierras altas que rodean la meseta de Anáhuac ó sea de Méjico. Tres dias anduvo atravesando aquellas comarcas ásperas y deshabitadas, donde sucumbieron al rigor del frio algunos guerreros naturales de Cuba, hasta que finalmente, dejando al Mediodía la montaña CoFRE de Perote cuya altura pasa de 4,000 metros, desembocó en la meseta. Un cacique de aldea, á quien Cortés preguntó si era tambien súbdito de Motezuma, le contestó: «¿Quién no lo es? Motezuma es el dueño del mundo!» La poblacion rural se mostró pacífica, pero no por esto dejó Cortés de marchar siempre en órden de batalla sobre Tlascalca, nombre que significa Tierra de Pan, porque en esta comarca se cultivaba maíz. El pueblo tascalteca habia inmigrado allí en el siglo XII de nuestra era, y despues de largas luchas con los aztecas no solo se habia establecido en el territorio definitivamente, sino que habia conservado tambien sus libertades y su organizacion especial; no tenia rey sino que formaba una especie de república federativa de cuatro grupos, gobernado cada uno por un cacique y los cuatro jefes que residian en la capital. Este pueblo opuso á los invasores una resistencia decidida y tenaz; hubo una lucha desesperada que duró muchos dias; los españoles perdieron dos caballos, pero gracias á sus cañones, obtuvieron el 5 de setiembre una victoria decisiva á pesar de haber luchado contra 100,000 enemigos, segun el cálculo de Cortés. Una sorpresa nocturna dispuesta por los de Tlascalca quedó tambien frustrada por la vigilancia del jefe español que habia obtenido la noticia del plan de un tascalteca prisionero. Entonces los tascaltecas renunciaron á toda ulterior resistencia; aceptaron las proposiciones de amistad que les ofreció Cortés, é hicieron la paz con él, presentándose á este fin en el campamento español personalmente el valiente jefe Xicotencatl. Lo que mas habia contribuido á facilitar este resultado fué la voz esparcida por los guerreros totomacos de Cempoala, de que los extranjeros eran enemigos de Motezuma. Por lo demás, sin la alianza de Tlascalca dificilmente habria salido victorioso Cortés de su empresa. El *divide et impera* de los romanos y la prudencia de Cortés de adquirir amigos y preferir la paz donde no era necesaria la guerra, le proporcionaron la victoria final.

Cuando las noticias de las ventajas obtenidas por Cortés sobre los tascaltecas llegaron á oídos de Motezuma que, á pesar de sus inmensos recursos no habia podido subyugar nunca á aquella pequeña federacion, afirmóse mas y mas en la creencia de que los españoles eran los herederos de Quetzalcoatl, por tantos siglos esperados. Envió á Cortés mensajeros tras mensajeros siempre con regalos para desviarle de su intencion de ir á la capital.

Los comisionados le dijeron que era empresa peligrosísima la que acometia, y Motezuma se declaró pronto á pagar un tributo anual al rey de España con tal que Cortés desistiese de su empeño, suplicándole que fijara á su gusto la cantidad y número de objetos de oro, plata, piedras preciosas, esclavos

y paños de algodón de color (1); pero Cortés insistió en su declaracion de que habia recibido órden de su soberano de visitar la capital de Méjico.

En 23 de setiembre entraron los españoles en Tlascalca, que pareció á Cortés mayor que Granada, á lo cual observa Lorenzana en su obra que á juzgar por las ruinas existentes no habia exagerado el caudillo español. En esta capital hizo decir misa cada dia en presencia de un gran número de curiosos; varias tascaltecas distinguidas, entre ellas la hija de Xicotencatl, se hicieron bautizar y se casaron con oficiales españoles. Allí tambien pudo enterarse Cortés exactamente de las fuerzas militares del emperador de Méjico. Segun le dijeron los tascaltecas, solia reunir siempre 100,000 hombres cuando iba á conquistar alguna poblacion ó provincia, pero los mejicanos eran odiados en todas las provincias y tribus que Motezuma habia sometido y saqueado, de modo que las tropas sacadas con violencia de estos mismos territorios peleaban á la fuerza y sin valor. Describieron naturalmente el armamento y demás particularidades de táctica, y finalmente enseñaron para mayor claridad grandes paños de tela (llamada nequen) en los cuales estaban representadas gráficamente las batallas ocurridas. De todas estas noticias sacó Cortés la conviccion de que el gobierno azteca era autocrático militar, y los pueblos le aguantaban por temor.

Despues de un descanso de tres semanas se puso Cortés en camino para Cholula, una de las ciudades mas populosas sometidas al emperador de Méjico. Contaba 20,000 casas y era emporio de un comercio floreciente y de industrias adelantadísimas. En esta ciudad habia vivido Quetzalcoatl, segun la tradicion, 20 años en su marcha á la costa, y se habia construido allí en honor suyo un templo grandioso cuya base formando gradas tenia por sí sola una altura de 177 piés. En lo alto del templo estaba colocada la imagen gigantesca del dios humanitario; pero además de este templo habia en la ciudad otros 400 en que se sacrificaba á otros dioses mas sanguinarios, y á medida que los españoles se aproximaban á la metrópoli del imperio, mas horroroso es presentaba el culto feroz que tantas víctimas humanas necesitaba. Vieron grandes establos á manera de jaulas, hechos de vigas gruesas y resistentes, en los cuales los encargados del culto cebaban hombres y muchachos para que en las funciones religiosas sirvieran de víctimas con cuya sangre se rociaban los altares, el suelo y las paredes. Todos estos presos fueron puestos en libertad por los españoles, que destruyeron tambien las jaulas ó establos de aquellas «reses humanas.»

En Tlascalca habian informado á Cortés del carácter falaz de la gente de Cholula, hipócrita y artera, pero habiendo llevado consigo 6,000 guerreros tascaltecas para tomar parte en la campaña contra Motezuma, supo todas las resoluciones y traiciones que meditaban los cholulanos. Supo tambien que se habia fortificado una parte de la ciudad para la defensa y que muchos habitantes la habian abandonado. Doña Marina oyó por su parte que existia el plan de caer por sorpresa sobre los españoles á su salida de la ciudad. Cortés, en vista de estas noticias, se adelantó, y acuchilló á una parte de los jefes y soldados cholulanos que se habian reunido para impedirle el paso, y despues hizo entrar á las tropas tascaltecas acampadas hasta entonces en las afueras y que en su odio á los cholulanos saquearon y mataron hasta que Cortés las detuvo. En la batalla que se dió en las calles y casas perecieron unas 3,000 personas, y fué tomado y quemado el templo mayor. Este castigo tan rápido como terrible de una traicion concebida y mandada ejecutar por Motezuma, segun se supo despues, impresionó tanto á los habitantes de las ciuda-

des mas próximas, que para no incurrir en igual castigo se sometieron desde luego voluntariamente.

Arreglado todo esto, siguió Cortés su marcha sobre Méjico, cuya cuenca se halla separada de la de Cholula por una sierra corta que va de Norte á Sur y de la cual sobresalen algunos volcanes, entre dos de los cuales, el Popocatepetl (Monte humeante) y el Iztaccihuatl (la Dama blanca), corria el camino. Al llegar al punto mas alto de la sierra quiso probar Cortés si era posible subir á la cúspide ó cráter del primero y envió al capitán Diego Ordaz para hacer la tentativa; pero Ordaz desde cierta altura hubo de renunciar á la empresa á causa del frio intenso, de la mucha nieve y de los ventisqueros. Desde lo alto de la sierra ofreció á los conquistadores un panorama magnífico la hermosa meseta ó valle de Méjico con la capital construida, cual otra Venecia, en un lago que entonces ocupaba mayor superficie que hoy y estaba unido hácia el Sudeste al lago estrecho de Xochimilco, y mas léjos al Este al circular de Chalco, separado del lago grande por un dique artificial. Además de la capital se veian muchas ciudades y aldeas construidas dentro ó á orillas del lago, en el cual habia jardines flotantes, como los hay hoy, que aumentaban la belleza de aquel panorama inespulado y singular.

Hasta el último momento no se cansó el emperador de enviar mensajeros á Cortés para rogarle una y otra vez que renunciara á entrar en la capital del imperio; pero el caudillo español se mantuvo inquebrantable y continuó su marcha.

Desde la orilla del lago conducian á la metrópoli tres carreteras construidas sobre diques cortados en diferentes puntos para facilitar el paso de las embarcaciones de una parte del lago á la otra, y servir de obstáculo á un ejército enemigo cuando quisiera penetrar en la ciudad. Sobre estas aberturas habia echados puentes de madera que en tiempo de peligro se podian quitar. Además estaba cruzada la ciudad en el interior por muchos canales sobre los cuales habia puentes levadizos para facilitar la comunicacion entre las dos orillas; y las mismas casas estaban parapetadas para servir en caso necesario cada una de por sí de fortaleza suelta.

Bernal Diaz del Castillo, que como sabemos formó parte de la expedicion, pinta en su obra la impresion que produjo la vista de Méjico á los españoles, valiéndose de las siguientes frases características: «Llegamos á la ancha carretera de Iztallapan, donde por primera vez llamó nuestra atencion la multitud de ciudades y aldeas construidas en medio del lago, y el número todavia mayor de poblaciones importantes en las orillas, y la hermosa carretera tirada á cordel que conducia á Méjico. Nuestra admiracion llegó á su colmo, y entre nosotros dijimos que allí todo se parecia á los palacios encantados del libro de Amadis de Gaula, al ver salir las torres, templos y casas del agua, y no faltó entre nosotros quien dijera que todo lo que veia era un puro ensueño. En Iztallapan subió de punto nuestra admiracion del poderío y riqueza de este país, porque fuimos alojados en verdaderos palacios de gran extension, rodeados de grandes patios y construidos de piedras hermosamente labradas y de cedro y otras maderas odoríferas. Todas las estancias tenian las paredes cubiertas de tapices tejidos de algodón.

»A la mañana siguiente continuamos nuestra marcha á Méjico. El camino del dique tenia ocho pasos de ancho, pero en aquellos instantes era demasiado estrecho para la multitud de gente que queria entrar en la ciudad y la que salia para vernos; de modo que apenas podíamos movernos. Todas las torres y templos estaban en sus altos atestados de espectadores, y el lago estaba cubierto de embarcaciones llenas de curiosos. Y habia motivo para ello, porque jamás habian visto gente como nosotros ni tampoco caballos. De

(1) Véase Lorenzana, pág. 66.